

cesarias que tuvieron un día, quedaron sólo para ser intentadas por quien á la profundidad del genio uniera brillantez potente de imaginación, condiciones ambas que en el poeta que estudiamos son constitutivas. El, como ninguno, ha sabido hallar acentos en la brisa que orea las tranquilas ondas del lago haciéndolas sonreír, él ha dado expresión al perfume, quejas al viento, suspiros al ave, lamentos á la flor, idea á la nube. De buen grado, en comprobación de lo que decimos, copiaríamos algunos de ellos, mas nos lo vedan los estrechos límites de un artículo, por lo que grande es nuestro sentimiento. Esto no obstante, no nos podemos contener y séanos permitido hacer mención de los que titula *La concha*, *El poeta y el ave*, *La flor y el aroma*, *El agua y la flor*, *El rocío y el llanto*.

Cada sér, en el grado de la escala que le toca, cree valer más que los demás, y esto porque los compara sólo con sus inherentes cualidades: este pensamiento lo ha expuesto con inimitable gracia y exquisita delicadeza en el primero que comienza

Serena está la tarde,
La parda bruma
A levantarse empieza
Sobre la espuma.
La brisa leve
Apenas con sus alas
Las ondas mueve.

Un poeta contempla la concha que la ola ha

dejado á sus piés y lamenta la triste vida del sér que encierra, un ave mira al poeta y se cree superior porque hiende el espacio, y la consideración de este distinto sentir hace exclamar al poeta:

Sobre el tranquilo espacio
Como un encaje,
Volaba en esa hora
Blanco celaje...
.....
Seres del suelo,
Poeta, concha y ave,
Mirad al cielo.

En *La flor y el aroma* hay el profundo pensamiento que afirma el cierto más allá; la palidez de la flor que, lánguida, se queja de su fin, hace exclamar al aroma:

No se consume tu sér,
Que yo me lo llevo al cielo;

y decir al poeta:

Mirad la muerte con calma
Y del pesar la miseria,
Que la flor es la materia
Y el dulce amor es el alma.

Prolijo sería enumerarlos todos, y esta tarea haría por demás largo nuestro trabajo; creemos haber dicho bastante y séanos permitido añadir que jamás habíamos visto hasta ahora tan galanamente vestida á la austera filosofía.

Fuéle necesaria á Dios para la conservación

de su obra la distinción de los sexos; mas uno el sér, aun dentro de la variedad, tiene condiciones que lo unifican por decirlo así, y una de éstas es, á nuestro modo de ver, el sentimiento. Cuando en nuestra alma se da el placer, ó la sentimos lacerada por el dolor, según que la ilusión con sus rosadas alas nos acaricie, ó el desengaño con su punzante aguijón nos mortifique, hombre ó mujer sienten lo mismo y sólo nos diferenciamos en las externas manifestaciones, porque á ello nos lleva la educación. Cuando se es sensible, las quejas tienen un no se qué de femenino, un no sé qué de suave y delicado, sensible por igual en ambos sexos, que llega á lo íntimo del alma, y sólo difiere en la frase con que lo revelamos. Hay entre las composiciones de Riva Palacio, una cuyo título es *Quejas*, y quejas comunes son á todos los corazones que sufrieron decepciones, sólo que del mismo modo que existen diferencias por lo dicho, se dan también porque el poeta dispone de medios de expresión que no poseemos los que estamos faltos de las sobresalientes condiciones con que la naturaleza le ha favorecido. El poeta también ha sufrido; poco importa que su imaginación lo remonte al cielo, si su planta reposa en este valle de lágrimas, en este desierto, más terrible que ninguno, á pesar de los muchos seres que con nosotros viven en compañía.

A la felicidad llegamos en sueños, aunque estemos despiertos; esto es lo verdadero, y el

volver á la realidad cuando otro sér nos sacó de ella con sus sonrisas, sus palabras y sus caricias, es más terrible que lo más horroroso del infierno. Sentir nueva vida en nuestra vida, nuevo calor en nuestro sér, más hierro en la sangre, más fósforo en el cerebro y caer tan súbitamente de tan grande dicha, es un tormento que el Dante no vió en el infierno, pero que allí debe existir; este tormento nos hace prorumpir siempre en quejas, ora sean manifestadas en hórridos bramidos, que no nos gustan, ó en tiernos acentos como Riva Palacio hace, que es lo que nos seduce. También en la manera de quejarse puede haber elegancia que se debe procurar, sin que por ello falte naturalidad, y elegantes y naturales son las *Quejas* del vate mexicano, que ha hecho de su composición plantel de brillantes pensamientos.

Ella... siempre ella en el fondo de nuestro martirio... ella que voluble y caprichosa hace decir al poeta:

Si eran mucho para mí
Tanto amor, tanta ventura,
¿Por qué me engañaste así?
¿Por qué entonces no morí
Feliz con tanta ternura?

Estos son pensamientos de todos los seres, en idénticas situaciones, pues de la vida del sentimiento como de la vida real, nadie quiere hallarse falto; para esto valía más no haber nacido. Pero aun presabida esta falta

ley, á la primera, á la vida del alma que más robustece el amor, no se nos debía dar á luz, por la sonrisa de unos bellos labios que mañana fruncirá el disgusto ó el desvío, por la sonora frase de una boca que nos execrará más tarde, ni por la ardiente mirada de unos ojos hermosos que se cerrarán un día, sólo porque en ellos no nos miremos. Fundadas, fundadísimas son las quejas que penas de amor nos arrancan; tales son que á nuestra vista la naturaleza toda cambia, se apagan nuestros deseos y mueren las ilusiones, que el amor, como la varilla milagrosa del mago, hace pasar ante nuestra vista cuadros brillantes que nos regocijan, y esta verdad la ha expuesto el poeta del magistral modo que sigue, al lamentarse de lo que ya no tiene.

Y con ese amor ardiente
Miré las flores más bellas,
Más espumoso el torrente,
Más apacible la fuente,
Más brillantes las estrellas.

Y no halló mi abnegación
Sin tí la vida un momento,
Ni un latido el corazón,
Ni el alma una inspiración,
Ni el cerebro un pensamiento.

En medio de tales dolores, cuando se siente y se ha amado de tal manera que ya no se podrá dejar de amar, cuando aunque no sea más que en ruina, queda en el corazón un tem-

plo, y fervoroso y creyente se rinde culto en él, hay en la queja la delicadeza que se advierte en el ruido del aire entre las hojas, y este detalle que acrece el valor de una acción, el valor de un sentimiento y que había de acrecer el de una composición poética, no lo olvidó el poeta y terminó diciendo:

A veces quiero morir,
Pero es perder tu recuerdo;
Mas, si olvido he de sufrir:
Entre la muerte ó vivir
No sé como más te pierdo.

En mi dolor te bendigo
Y corre amargo mi llanto,
Que ni una esperanza abrigo.
¿Por qué fuiste así conmigo
Cuando yo te amaba tanto?

Adios, mi triste querella
No turbará tu memoria;
Alumbra pura tu estrella
Y no dejen ni una huella
Mis lágrimas en tu historia.

A poco que se observe, se ve claramente; este es el verdadero sentir, el de las almas apasionadas que jamás vuelven atrás, sino que se consumen en su martirio y se consumen gustosas. El poeta, siempre á la altura en que desde el principio se colocó, deja percibir claramente los movimientos de su alma, hace escuchar los latidos de su corazón, y parece que de glóbulo en glóbulo, de sinuosidad en sinuo-

sidad, vemos discurrir la idea en su cerebro, como vemos los brillantes meteoros que en las tranquilas noches de estío, cruzan en vertiginosa carrera de un punto á otro del cielo, sin más luz entonces que la de las melancólicas estrellas.

Donde más se ha reflejado el propio y particular carácter del pueblo español, donde pueden estudiarse mejor las grandezas que tanto realce le dan en la historia, es en ese número portentoso de composiciones que constituyen el Romancero. Podrán, como dice Masden, no tener ningún valor como fuentes de conocimiento histórico, pero el alma del pueblo se refleja en ellas como se refleja el ave que vuela en las tranquilas aguas de un estanque, y de todas ellas, los que más realizan esta idea, son las moriscas y caballerescas. Unas y otras serán tal vez imitaciones de la antigua poesía arábiga, tan rica en descripciones, tan llena de imágenes, tan galante y tan florida; en ellas estarán vertidas las casidas y musvachajas que hicieron la gloria de muchos poetas árabes españoles, y tal vez muchas sean traducciones de ellas; tal vez en absoluto debamos la forma á los que fueron un tiempo dominadores de las fértiles regiones andaluzas, mas el fondo lo han hecho poetas castellanos cuyos nombres se ignoran, testimonio de grandeza, pues, casi siempre, de las obras más notables no se sabe más que su existencia. Unido lo heredado con lo que se adicionó más tarde, resultó un

género literario que tiene muchos y buenos cultivadores en España: necesariamente habíalos de tener también en México, y entre ellos descuellan Guillermo Prieto y Riva Palacio. El primero, á fuerza de ser popular, se hizo vulgar; el segundo en el romance es tan maestro que, muchos de los suyos, harían acrecer aún, el valor del romancero castellano. En este género de composiciones, que son de las que más esmero exigen, es en el que Riva Palacio se ha manifestado como poeta nacional. Si con buen número de ellos formara un tomo, el romancero mexicano llevaría al español la ventaja de que su autor es conocido, y que por su naturaleza misma, no podría dar lugar al sinnúmero de cuestiones que ha motivado el modelo al que los más procuran atenerse. Aquellos paisajes encantadores, aquella exuberante naturaleza, lo mismo que el carácter peculiar de aquellos individuos, su manera de ser, sus pasiones, sus rencores y sus quererres, están reflejados admirablemente en los romances á que nos referimos. Como romances descriptivos los que más llaman la atención son *El Alba*, *El Mediodía*, *La Tarde* y *La Noche*: gracias á ellos pasan ante nuestros ojos vistas que ansiamos contemplar, percibimos trinos que aun por desgracia no hemos escuchado, y hasta parece que la atmósfera en que los leemos se perfuma con un no sé qué de vago y misterioso, propio de las incultas selvas americanas. Riva Palacio, por las composiciones

que llevamos enumeradas, sería siempre un gran poeta en cualquiera de las regiones en que se hable la hermosa lengua de Cervantes; pero luego que cualquiera conozca sus romances, comprenderá que nació en la patria de Motezuma; las bellezas de aquella tierra y las cosas que le son tan propias, artísticamente hablando, las ha sabido trasladar de tal manera, que creemos no haya ninguno que le iguale. Aun podemos decir que se excede á sí mismo al escribir cuadros de costumbre ó al presentar tipos de aquella privilegiada nación, y como ejemplo de una y otra cosa citaremos los que titula *El Chinaco*, *El amor del Chinaco*, y *La fiesta de Chepetlan*. Chinaco en México es lo mismo que chulo en Madrid, aunque sin el lado repugnante que á esta palabra ha hecho tomar la degradación del vicio, si es que en el vicio cabe aún algo más bajo. Chinaco es el jactancioso que, con exceso de corazón, lo mismo mata á uno que se sacrifica por otro, tipo popular, del que en Andalucía es molde Diego Corriente, y del que molde será en México Encarnación Torreblanca, tan admirablemente descrito por Riva Palacio. Recordando los méritos del romance *Los amores de un Chinaco*, han acudido á nuestra mente descripciones de primer orden, mas al mismo nivel asciende la del protagonista, de quien ha dicho el poeta:

Encarnación Torreblanca,
Valiente y afortunado,

Espuma y flor de jinetes
Y espejo de los chinacos,
Que planta dos banderillas
En menos que canta un gallo,
Y es en Puruandiro antojo
De las muchachas del barrio,
Y nadie con más destreza
Despide y amarra un lazo,
Y hace como rehilete
Al más soberbio caballo
Y se alza la lorezana
Y grita que «salga un guapo»
Sin haber quien le responda
Por que saben que es planchado.

Píntalo después triste y pensativo porque el amor se le muestra adverso, y en verdad que sintió bien el poeta al describir el sér amado: parece que se anima y entusiasmo la mujer hermosa que pinta diciendo:

Flor del vecino cercado,
Más pura que una azucena
Y más fragante que un nardo.
Con dos ojos como soles,
Trigueña, cutis de raso,
Tan garbosa, tan flexible
Que más que cuerpo es el tallo
En que á la roja amapola
Columpia céfiro blando;
Más negro tiene el cabello
Que tiene la noche el manto,
Y si en los hombros lo suelta
El sol sale por besarlo.

Esta beldad, tan digna de envidia por las hermosas, ama también al que por ella está hechizado; mas su padre, que sabe á qué atener-

se, no cede en la negativa hasta que sepa del que quiere ser su yerno

Que ni precia de valiente
Ni es en amores un rayo
Ni le le gustan los amigos
Ni tiene horror al trabajo,
Y que hasta las esperanzas
Perdió ya de ser chinaco.

Las condiciones no pueden ser más duras, y aquel *lepero* fluctúa y duda y no se resuelve, pues, como dice con suma gracia,

Tan *picuda* me la pone,
Que de seguro no alcanzo:
Pues pide más imposibles
Que una vieja en el rosario.

Con lo presentado, creemos que basta para probar la verdad de cuanto dejamos sentado: poeta igualmente sobresaliente en todas las manifestaciones de la lírica, merece la alta consideración que con sus méritos ha sabido conquistarse.

De intento hemos dejado para lo último los *Cantares* de tan esclarecido vate. Estos, aunque parezca manifiesta contradicción con lo que del poeta en general llevamos dicho, nos eran bien conocidos, porque el cantar, entendiéndolo por él la sencillísima composición en que se deja suspirar el alma, es siempre igual en su fondo, es parecido en su forma. Nunca hicimos cantares porque para ello nos faltan

condiciones; pero entendemos que jamás puede ser una composición pensada, tiene que ser un relámpago de la imaginación al chocar con lo que la excita, del mismo modo que el que envuelve el rayo, es hijo del choque de dos nubes, y para esto ningún clima, ningún ser tan apto como el del Mediodía. Bajo aquel sol ardiente que desde donde luce lleva su fuego al seno de la tierra y caldea el fondo de los mares, en aquella atmósfera formada por ígneos átomos, en los que sútiles perfumes de hermosas flores se disuelven, á orillas de aquel mar que se mueve blandamente como una mujer hermosa en su lecho, bajo aquel cielo fulgurante siempre, donde más brillan las estrellas, en presencia de los ojos de aquellas mujeres, ojos que enamoran siempre y que cuando enamoran matan, el alma casi siempre se siente estremecida, en cada uno de estos estremecimientos lanza un suspiro, y al recogerlos las ondas sonoras, los convierten en cantar que, triste y lánguido, murmurando siempre, resbala sobre las transparentes ondas, cruza por las celosías, atraviesa los muros ó surca regiones y regiones para elevar quejas del que lo emite, cayendo á los piés de quien lo inspira, ó entrando hasta el corazón de quien lo excita.

Suspiro del alma, antes de salir al exterior pasa por el corazón y de él recoge el tierno afecto ó el profundo odio, la calma ó la agitación, y una vez hecho sensible, muchas veces parece impelido por el aire candente del de-

sierto, otras por la suave brisa impregnada del jazmín y del azahar; son en suma, poemas, pero poemas geroglíficos, pues en breve encierran cuanto un gran poema puede contener. Más de una vez, en tranquila noche, cuando nada turbaba el reposo, allá en los primeros años de una vida que se acaba por el sufrimiento, lo recordamos y nos conmovemos, llegó á nuestro oído el acento de una voz varonil, que acompañada del lánguido son de la guitarra, entonaba tierna endecha á la prenda querida de sus amores; á la vista de nuestra alma, se rasgaba entonces la oscuridad, y en iluminado fondo percibíamos una mujer hermosísima que tras los hierros de la ventana sonreía dulcemente, un hombre que en el cielo de aquellos ojos se miraba, y entre ambos un mundo, en la atmósfera del que flotaban tantas sensaciones, deseos, caricias y dulzuras que ofuscaban la vista y no permitían ver el mísero mundo real en que vivimos; no pocas, estos acentos dejaban ver una pasión mal correspondida ó mal pagada, unos celos que destrozaban el corazón, ó un deseo que se agitaba en la nada, porque de ella no podía salir.

Aquellos acentos, de los que Rossini ha dicho son los de más subjetivismo que conocía y que tiempo há que por nuestro mal no escuchamos, han acudido en tropel á nuestra imaginación, ó mejor dicho, se han despertado del rincón donde el frío de los años los habían hecho refugiarse, al leer los pocos que Riva Pa-

lacio nos presenta en su libro, y ha dado lugar á que con ellos nuestra alma experimente dulces sensaciones, muy gratos recuerdos. Aquellos mexicanos que tanto valen, que hablan nuestro idioma, que tienen nuestros vicios y nuestras virtudes, que poseen nuestras combinaciones métricas, tienen también nuestros cantares, esto es, la apasionada expresión de nuestras almas; y bien se explica; al partir los primeros navegantes de la vieja España para la nueva, con un cantar se despedirían de sus lares queridos, y en las lejanas playas, fija su vista en el horizonte que en el derrotero para la patria se cierra, con cantares enviarían sus súplicas y sus ruegos, sus celos y sus temores, sus deseos, sus penas, y mil veces la renovación de aquel amor que al partir juraran, pues en aquellos hijos de los Abencerrajes ó de los Zegríes, más con la ausencia aumenta y crece más cada día. De la musa popular el distinguido vate mexicano recogería la idea y con ella ha hecho bellísimos cantares, de los que uno sólo citamos, para que al ser leído en la terminación de este trabajo destruya la mala impresión que haya podido causar.

Cambiaremos corazones,
Para que el tuyo me lleve;
Crecerán sus ilusiones
Pues yo le daré lecciones
De quererte como debe.